

En el viejo camino*

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ

He ahí, en efecto, a la ciudad de Betanzos de los Caballeros en el viejo camino de la historia y del tiempo. Camino transido de muchas culturas, acaso más pujantes cuanto más extrañas e inverosímiles.

Trecho a trecho se superponen aquí todas las huellas. El poblado de la antigua raza celta -¡cuánta poesía y cuánta leyenda en este nombre!-, la Brigantium romanizada, la nueva población bajo dominio suevo, el Betanzos remozado de arabismo y la ciudad moderna que ahora nos acoge, son razón de continuidad histórica, perduración indudable de un latir constante, repetido siempre, una y otra vez en el curso prolongado de los siglos.

Quien piense, por eso, en una ciudad única, estática, equivoca enteramente su juicio. E igualmente quien juzga que la ciudad viva del todo de la savia románica o romanizada. En el viejo camino de la historia y del tiempo las corrientes culturales se entrecruzan, cobran redoblado vigor, se hacen jóvenes una vez más.

Betanzos de los Caballeros, principio y fin de un camino, ¿quién lo sabe?, vivió y vive aún de la tradición secular multiplicada. Es a un tiempo suma y compendio de todas las proyecciones civilizadoras: celtas -si las hubo-, romanas, suevas, árabes...

Alguien sonreirá cuando mentamos aquí, para esta breve glosa, el acervo cultural del arabismo. ¿Árabes en Betanzos?. ¿Tradiciones árabes en la antigua Brigantium de los romanos?. Y, sin embargo, habría materia para muchas páginas -páginas esclarecedoras, desde luego-, que alumbrasen una nueva idea de la añeja ciudad brigantina, emporio un día de las más activas labores comerciales.

Y con esas labores, el trasunto de las costumbres que se transfiguran, los términos de relación que enriquecen el léxico, la vida cultural misma de todo un pueblo en plenitud, que vive y que progresa, que da fe de su existir renovando sus más bellas y clásicas tradiciones.

Los contactos entre distintas culturas fueron casi siempre pródigos y beneficiosos. Recordamos y unimos ahora, porque vale la pena hacerlo, los nombres de dos hermosas ciudades, Sevilla y Betanzos de los Caballeros, que allá por la Baja Edad Media cimentaron su fama y su contacto en el desarrollo comercial de sus alfolíes, base de todo un trasiego mercantil que hermanaba en Betanzos de los Caballeros a las dos Españas en lucha: la España árabe o arabizada y la España cristiana. Y por virtud de esa hermandad surgía el venero de una ruta -el viejo camino de las Toldas- que afirmaba, incluso con el lenguaje, el principio civilizador del comercio, corroboración auténtica de todo lo que en un principio parecía contrapuesto, plenamente cerrado en sí mismo.

¿Y no viene también al recuerdo esa época gloriosa de los gremios brigantinos, que contaba con la agrupación de los alfayates -así, en el sonoro y eufónico *al-fayath* de los árabes-, rivales ceremoniosos y bien dignos de los mareantes y labradores de la vieja ciudad?. ¿Es que por ventura daría cobijo la propia iglesia de Santa María del Azogue -¡qué

*Con este artículo, rescatado de entre sus viejos papeles, el autor rinde homenaje a la ciudad de Betanzos donde transcurrió gran parte de su vida.

hermosa degradación de otro popular nombre árabe!- al renombrado caudillo Yusuf Hammar, de cuyas andanzas tanto nos dicen la tradición y la leyenda?.

Cierto que en la historia no caben ligeras suposiciones. Pero cuando el léxico deja constancia de la tradición, hay mucho camino recorrido para desentrañar y descubrir la verdad. El viejo camino se repuebla y no tan sólo de recuerdos. Y así, Betanzos de los Caballeros, ciudad antigua y de feliz memoria, impregnada y enriquecida de tradiciones diversas, halla todavía acomodo en este viejo camino, mira repentinamente hacia adelante y se «hace» a la vez para el tiempo próximo y venidero.



Santa María del Azogue, iglesia emblemática de Betanzos.